

LA HIJA DEL PUMA: LA RECUPERACIÓN DE LA MEMORIA

Leonor Vázquez González
University of Montevideo, Montevideo, AL.

[*Ketzalcalli 1 | 2008: 103–112*]

Resumen: Basada en acontecimientos reales, *La hija del puma* presenta la historia de una comunidad guatemalteca que se refugió en México durante la época más sangrienta y violenta de la Guerra Civil en Guatemala. Este ensayo explora las dimensiones existenciales asociadas con la recuperación de la memoria histórica; asimismo ilustra el significado del recuerdo y del olvido en un país que enfrenta innumerables problemas para reconocer las diferencias étnicas y culturales. Mi discusión explica cómo la vivencia anamnética de los refugiados indígenas guatemaltecos está subrayada por el significado existencial de la tierra.

Palabras clave: memoria indígena, guerra civil guatemalteca, literatura de denuncia, masacres indígenas

*Lo más atroz de las cosas malas de la gente
mala es el silencio de la gente buena.*

Mahatma Ghandhi

La *hija del puma* es una novela que presenta las vivencias de una comunidad guatemalteca que se refugió en México durante la peor época de la Guerra Civil en Guatemala. A través de los ojos de una niña de catorce años, la autora, Monica Zak, denuncia las masacres llevadas a cabo por el ejército guatemalteco en los años más cruentos de una guerra civil que duró treinta y seis años. La novela de Zak, en la medida en que constituye una de las expresiones literarias —una denuncia literaria, para ser más exactos— más tempranas de tal guerra, exhibe características que son dignas de análisis. Éstas se relacionan con el significado de la memoria en un país cuyas hondas diferencias étnicas y culturales obstruyen la realización de los proyectos de vida implícitos en los pueblos indígenas.

Este ensayo explora algunos de los aspectos del entrelazamiento de factores culturales y existenciales que se configuran en el esfuerzo de recuperar la memoria histórica en un contexto de desarraigo violento. Mi discusión trata de esclarecer cómo la vivencia anamnética de los refugiados indígenas guatemaltecos está subrayada por el significado existencial de los elementos culturales, principalmente la tierra. No sostengo que la experiencia anamnética se agote en los ámbitos de la etnicidad y la cultura. Sólo me interesa enfatizar ciertos aspectos de la memoria que no son fácilmente identificables para aquellos ojos que

no toman en cuenta la configuración cultural, concreta, pero no esencializada, que enmarca el sufrimiento del pueblo indígena guatemalteco, un colectivo que aún se ve asediado por una ubicua discriminación enraizada en cinco siglos de exclusión.

La novela de Zak, por lo tanto, nos brinda un acercamiento a la recuperación de la memoria como una vivencia personal. Esto es aún más significativo sabiendo que, al momento de la aparición de la novela, la noción de recuperación de la memoria todavía no había obtenido momentum político en el contexto guatemalteco. Se hace necesario indicar que el documento fundamental que recupera la memoria de la guerra civil en Guatemala, *Memoria del silencio* (1999), aún necesitaría trece años para ser concluido y que es fruto de una comisión establecida en 1994. En este texto, elaborado por la Comisión de Esclarecimiento Histórico (CEH) se establece que “la CEH considera que la memoria histórica, individual y colectiva, es el fundamento de la identidad nacional. La memoria de las víctimas es un aspecto fundamental de la memoria histórica y permite rescatar los valores y las luchas por la dignidad humana” (*Memoria del silencio* 1999).

La novela de Zak nos ofrece pautas para interpretar cómo se configura el significado cultural de la memoria en un contexto en el cual los discursos de la memoria no habían alcanzado el grado de sofisticación de nuestros días.

Válido es preguntarse hasta qué punto la intermediación de Zak altera la inmediatez de la experiencia de los personajes de *La hija del puma*. Monica Zak, escritora especializada en literatura para niños, escribió la novela basada en la experiencia de Malín Domingo, una refugiada que no pudo volver a su patria Guatemala y que falleció en 2003 (Prensa Libre, 2.28.2004). Para recabar el material de su novela, Zak viajó en dos ocasiones a México y condujo varias entrevistas con los pobladores de Yalambojoch que se habían refugiado en Chiapas.

El lector de esta obra podrá sentir que, a través de sus páginas, se perfila una lectura culturalista, europeizante e idealizada de las comunidades indígenas. Las referencias al pasado ancestral y a los elementos culturales del grupo étnico chuj —parte del pueblo maya— muestra una imposibilidad de trascender un esencialismo ingenuo. Como sucede con la cuestión del nahualismo que inspira el título de la novela dado que la protagonista tiene como su nahual al puma (algo que, por cierto, no logra coincidir con la idea de que ella sea la hija de su nahual).

Lo mismo pasa con las visiones del europeo: éste aparece como el bienhechor que llega a salvar al indígena oprimido. Parece ser que Zak no abandona algunos estereotipos que suelen reproducirse en los contextos de las sociedades del llamado “primer mundo”, puesto que visualiza al indígena como un ser ingenuo, incapaz de interpretar y transformar la realidad por sus propios medios. A medida en que se avanza en la lectura del texto se refuerza la idea de que el indígena es un ser inocente. Uno no deja de preguntarse si la visión del buen salvaje no se refleja en el texto de Zak. No existe en la novela una perspectiva narrativa que descubra los aspectos socioeconómicos que juegan un papel importante en la opresión y exclusión de los pueblos indígenas.

En esta veta crítica puede mencionarse cómo Monica Zak en una entrevista (incluida como apéndice al final de la novela) describe con entusiasmo el apadrinamiento de niños indígenas por parte de familias suecas. En *La hija del puma* se relata, además, cómo la ayuda de una pareja europea provee el dinero para que diez familias de Yalambojoch puedan compartir la finca Kolchaj Nak Lu’um (Tierra y Libertad) en Chiapas. En virtud de que la autora no se plantea críticamente las limitaciones de estos enfoques, la obra deja traslucir una mentalidad asistencialista en la que el europeo se coloca a sí mismo como un

ser dotado de buena voluntad. Es válido cuestionarse si tales resonancias no desfiguran el sentido del relato, precisamente en la medida en que las mencionadas presuposiciones paternalistas reproducen, de hecho, una visión disminuida del mundo indígena.

Recientemente, Beatriz Sarlo (2005) se ha sumado a una serie de voces que ponen en cuestión el testimonio. Sarlo menciona la deformación de los relatos en primera persona, los cuales tienen un estatuto normativamente impecable, una posición que, a su vez, puede esconder peligros epistémicos en la medida en que la crítica aparece imposibilitada de cuestionar la experiencia relatada en primera persona. Ella arguye que “excessive trust is placed on victims and survivors as producers of historical truth” (Partnoy 1665). Esto es aún más notable en el caso de *La hija del puma*, obra escrita en primera persona y que pretende suplir la voz de un indígena que no puede hablar por sí mismo. Cabe preguntarse si Monica Zak no comete tal error cuando presenta al mundo indígena como un todo armonioso en el cual no existen conflictos.

Estas carencias, sin embargo, no deberían llevarnos a descalificar sin más ni más el texto de Zak. Después de todo, esta novela es una manifestación literaria temprana —tal vez la primera en el ámbito guatemalteco— en la cual se pone de relieve la necesidad de no olvidar. Como se ha mencionado con anterioridad en 1986, año de edición de *La hija del puma*, el tema de la memoria histórica aún no se perfilaba en el horizonte de la historia guatemalteca. Se estaba, inclusive, más lejos de volver la vista crítica hacia el estatuto de verdad de la novela de denuncia. Así, excluyendo estas debilidades —molestas y reveladoras para el ojo crítico— *La hija del puma* presenta una serie de elementos que nos pueden guiar en la comprensión de la memoria indígena en un contexto de desarraigo profundo.

II

A principios de la década de los ochenta la represión en Guatemala se generalizó, tanto en el campo, donde hubo masacres y tierras arrasadas en comunidades indígenas y campesinas, como en la ciudad donde hubo secuestros de dirigentes sindicales, estudiantiles y religiosos. *La hija del puma* presenta una visión del drama humano provocado por la violencia ocurrida en una comunidad indígena. La novela cubre aproximadamente tres años de la vida de una muchacha que “fue bautizada como Angelina, pero prefería ser llamada Aschlop” (Zak 2005: 13). Este rasgo ilustra una tendencia indígena actual en Guatemala: el adoptar un nombre indígena mientras se abandona el nombre castellano.

La protagonista vive con su familia hasta los once años en Yalambojoch, un pueblo que pertenece a la comunidad chuj, el cual está ubicado al noroeste de Guatemala y colinda con el estado de Chiapas, México (ver Fig. 1). La historia ficticia de Aschlop está intercalada por testimonios de indígenas que sufrieron esta violencia durante los años más duros de la represión gubernamental.

Yalambojoch es “un pueblo aislado, al que únicamente se llegaba por senderos estrechos y escarpados, pero todos sus habitantes estaban agradecidos de tener un lugar donde vivir” (Zak 2005: 26), además sus habitantes, aislados del conflicto bélico que arrasa al país, no han participado en la lucha armada ni con la guerrilla ni con los “pintos” (así se les llama a los soldados por el uniforme que visten). De forma inocente, los gobernantes del pueblo creen que como ellos tienen títulos de propiedad de las tierras que habitan y no participan con la guerrilla, están a salvo de cualquier ataque del ejército nacional. “Ahora tenemos los papeles que dicen que los habitantes del pueblo, juntos, somos dueños de 120 hectáreas de tierra. Ahora nadie puede venir a echarnos de Yalambojoch” (Zak 2005: 69).

Estas descripciones ilustran algunas de las tesis manejadas por el controversial antropólogo estadounidense David Stoll, en el sentido de que muchos indígenas fueron víctimas inocentes del conflicto entre el ejército y la guerrilla.

Aschlop, junto con su familia y comunidad, huye a México para salvar su vida. Vive primero con familias mexicanas y luego en una finca comprada por una pareja sueca en Chiapas para el bienestar de algunas familias de Yalambojoch. La posesión de este pedazo de tierra le permite a la comunidad refugiada poder sembrar y establecerse de forma permanente en México durante y después de la guerra civil guatemalteca.



Fig. 1. Comunidades lingüísticas de Guatemala

Mapa tomado del documento electrónico del CEH *Memoria del Silencio*

Con los tratados de paz de 1999, algunas familias refugiadas en México decidieron regresar a su tierra Guatemala. En este marco histórico, Aschlop emprende su viaje de retorno a Guatemala porque ansía encontrar a su hermano mayor, Mateo, quien hacía algún tiempo había decidido regresar a su país. Este viaje le permite a la autora delinear el marco reflexivo que le permite enfatizar el valor de la memoria y el significado que ésta tiene en aquéllos que se han visto obligados a dejar la tierra natal debido a una injusticia sin límites. En una especie de “bildungsroman” —novela en la cual el protagonista se desarrolla, madura y encuentra que su existencia es significativa dentro de la sociedad— *La hija del puma* describe cómo Aschlop llega a un periodo de madurez políticosocial dejando

atrás su inocencia infantil al cobrar conciencia de que ella puede tomar parte activa de las acciones que se pueden llevar a cabo para confrontar la violencia y la indiferencia. La inocencia que pierde es el huir y guardar silencio, Aschlop no busca ser una representante política o desea ser militante de la guerrilla, ella quiere romper el silencio, denunciar y decir "a todo el mundo lo que les pasa a los refugiados que intentaban retornar al país" (Zak 2005: 185). Estas acciones son cruciales para una sociedad cuyo grado de opresión se consolida en la imposibilidad de hablar.

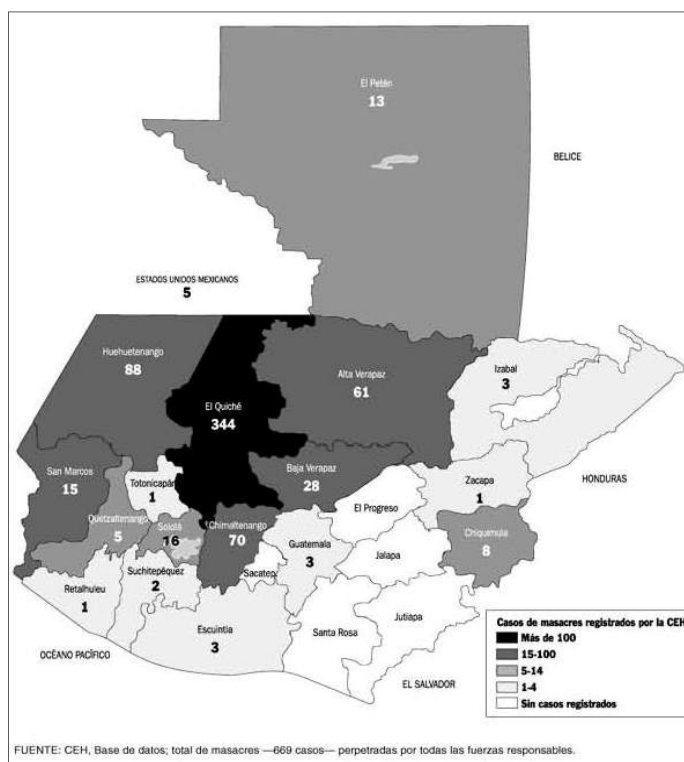


Fig. 2: Número de masacres por departamento
 Mapa tomado del documento electrónico del CEH Memoria del Silencio

Hacia el final de su viaje, Aschlop, estando en la ciudad de Guatemala, tiene un encuentro con María Luz, otra indígena que ha perdido a un familiar, y que pertenece al Grupo de Apoyo Mutuo (GAM). Ella es quien lleva a Aschlop ante la Comisión de la Verdad para que cuente su testimonio. El GAM es una ONG creada el 4 de junio de 1984 que lucha contra las detenciones ilegales y desapariciones forzadas. En 1987 se inicia una búsqueda de cementerios clandestinos y en 1988 se hacen las primeras exhumaciones en diferentes regiones de Guatemala. El GAM ofrece, asimismo, apoyo psicosocial “con el objetivo de fortalecer nuevamente la organización comunitaria, recomponer el tejido social y recuperar la memoria histórica” (GAM).

La madurez política de Aschlop se distingue por un deseo de recuperar el pasado. Durante su retorno a Yalambojoch, Aschlop evoluciona en su forma de pensar, pierde el senti-

do de individualidad debido a que ya no sólo quiere buscar a su hermano, sino que quiere denunciar lo que les pasa a otras personas como a ella o como a su familia: su madurez está acompañada por la misión de profundizar el mensaje político. Ella decide viajar al centro del país para llegar a la ciudad de Guatemala para denunciar lo que les pasa a los refugiados. El silencio provocado por el miedo de sufrir o por el horror de haber presenciado actos violentos, como en el caso de Aschlop, la masacre de San Francisco (ver Fig. 2) ayuda a crear un ambiente favorable para el olvido. Con respecto a estos sentimientos tan profundos, ya Walter Benjamín había hecho cierta observación acerca del shock de la experiencia en la Primera Guerra Mundial: las experiencias límites vividas en esta guerra estaban más allá de toda experiencia conocida. Aschlop, recordando el evento que presenció en el pueblo de San Francisco, expresa que “parecía como si las imágenes y los gritos estuvieran encerrados en su cabeza y no pudiera expresarlos con palabras” (Zak 2005: 119); al mismo tiempo “ya no sentía coraje, ni odio; únicamente un vacío en su interior” (Zak 2005: 117). “Cuando pensaba en Yalambojoch se llenaba de imágenes prohibidas” (Zak 2005: 9).

La obra de Aschlop conlleva, por lo tanto, la tarea de reconstruir el tejido de arraigos que había sido roto por la experiencia del refugio y que representa el éxito de la política del Estado guatemalteco; puesto que al llevar a cabo “las masacres, las operaciones de tierra arrasada, el secuestro y ejecución de autoridades, líderes mayas y guías espirituales, no sólo se buscaba quebrar las bases sociales de la guerrilla, sino desestructurar ante todo los valores culturales que aseguraban la cohesión y la acción colectiva de las comunidades” (*Memoria del silencio* 1999). Dicha reconstrucción implica la recreación de elementos culturales que establecen parámetros para evaluar el significado de la memoria para los indígenas guatemaltecos. Central en este aspecto es el territorio que encierra un significado que está determinado, en gran medida, por las connotaciones sagradas que la tierra tiene en una cosmovisión indígena cuya aceptación no implica un esencialismo cerrado. Es significativo que sea una joven adolescente indígena quien lleve este mensaje de acción política, ya que muestra cómo es posible que a todo nivel de la sociedad se rompa el mal endémico del silencio.

Nótese, asimismo, cómo la experiencia del refugio significa una transformación dramática de la propia identidad. Aschlop registra sus impresiones cuando es obligada a dejar el traje. En efecto, los soldados mexicanos:

“nos dijeron que no podíamos seguir vistiendo nuestra ropa tradicional, que teníamos que vestirnos como ladinos, ahora que estábamos en México. Insistieron en que era por nuestro bien. Por nuestra seguridad. Decían que la tropa guatemalteca solía cruzar la frontera y atacaba a los refugiados [...] debíamos parecer campesinos mexicanos comunes y corrientes” (Zak 2005: 139).

Aschlop nota que “[u]no se sentía extraño poniéndose esa ropa. A mí me dieron un vestido color café muy grande para mi tamaño. [...] Me sentía rara. [...] ya no era la misma. A mamá Juana le costó mucho trabajo aceptarlo. Lloraba a menudo. Y por las noches sacaba su huipil para verlo” (Zak 2005: 139). La experiencia del refugio supone asemejarse con los ladinos, un aspecto problemático en la medida en que las relaciones interétnicas tienen un cariz bastante complejo en una Guatemala renuente a aceptar a los pueblos indígenas como sujetos de pleno derecho.

Existe otro problema: la tierra le queda a otros. “Era una huida de pánico y desorganizada... [no] se acordaron de llevarse sus papeles de identidad [ni] los papeles del pueblo, los derechos de propiedad que demostraban que los vecinos eran dueños de la tierra de Yalambojoch” (Zak 2005: 127). Cuando Aschlop regresa a Yalambojoch después de tres

años, corre peligro porque la gente que habita ahora ahí sabe que ella no es miembro de la comunidad actual y las Patrullas de Seguridad Civil desconfían de cualquier persona que hubiera huido a México.

La experiencia del destierro fomenta el peligro de desarraigarse aún más de una tierra que es el centro de la vida. Y debido a este miedo que les impide moverse dentro de México, los miembros de la comunidad de Yalambojoch deciden no alejarse más de sus tierras: “Nosotros no fuimos, porque habíamos escuchado que los refugiados en el campo serían trasladados a otra parte de México y eso nos daba miedo. No queríamos que nos mandaran a otra parte. No deseábamos estar más lejos de Yalambojoch” (Zak 2005: 140). Esta experiencia trastoca los parámetros cotidianos de vida de la comunidad. Los hombres necesitan aprender a cultivar productos diferentes porque “no están acostumbrados a cultivar en la planicie. Mucho de lo que sembrábamos en Yalambojoch no se da en la finca. No se puede sembrar papa ni trigo. El frijol se murió” (Zak 2005: 150).

Ante tales dificultades, la tentación de olvidar el pasado alcanza la propia dinámica de la comunidad. Mateo, el hermano mayor de Aschlop, dice que “los grandes no pueden sentirse totalmente felices con lo que tenemos, porque su corazón está en Yalambojoch. Tenemos que hacerles olvidar lo pasado. Es el mismo sol y la misma luna y la misma tierra. ¿Qué importa en qué país vivamos?” (Zak 2005: 160). El problema es que la tierra es una matriz de significados cuyo abandono implica, por lo menos, una transformación conflictiva para un pueblo cuyas lealtades al pasado le han permitido subsistir a lo largo de cinco siglos. Como lo ha dicho el indígena guatemalteco, Leopoldo Méndez (2000), “[e]l abandono de nuestros muertos, de los animales, de nuestra tierra y de nuestras tradiciones pesan tanto en nuestro sentimiento porque nuestra tierra es nuestra madre, porque nuestros muertos nos acompañan, porque nuestras tradiciones se abandonan” (Méndez 2000: 21).

En este sentido, podemos conjeturar que el olvido es una tarea imposible para un pueblo cuya propia identidad pasa por una asunción de formas culturales que le han permitido sobrevivir en una sociedad marcada por una exclusión histórica. La vinculación a la tierra y a los antepasados son dos aspectos cuya significación política no puede ser olvidada por todo proyecto reivindicativo de los grupos indígenas en Guatemala. Esto puede aceptarse sin caer en esencialismos étnicos que conllevan autoritarismos indeseables en todo proceso de reivindicación justa.

III

El regreso de Aschlop a Guatemala está determinado por una constante actividad de recuperación de las experiencias formadoras. Los primeros once años de vida de la joven están llenos de inocencia, trabajo y aprendizaje de sus costumbres. En este contexto, parece ser que el vínculo que une a la niña con su pasado es el abuelo. El abuelo de Aschlop es el rezador de la comunidad y es quien le enseña a cobrar conciencia del valor de sus tradiciones y de sus antepasados porque “[e]l rezador e[s] el guía espiritual del pueblo” (Zak 2005:44). Aschlop había oído que el rezador “mantenía las viejas tradiciones, que hablaba con los espíritus de las montañas, de los ríos, del maíz y de los vientos” (Zak 2005: 43).

Antes de la huida a México, durante una de las caminatas en la que Aschlop acompaña a su abuelo —junto con Pascual, primo de la niña— éste les indica a sus acompañantes “que su nahual era un puma y el de Pascual un escorpión, en tanto que el suyo era una lechuza” (Zak 2005:45). El abuelo, además, enseña una plegaria a los niños, pieza que resume las esperanzas más encarecidas de Yalambojoch:

“¡Nombre de Dios! ¡Santa Justicia! Abre tu corazón y escúchame. Vengo a pedirte que protejas a nuestro pueblo. Te pido que los militares no vengan. Que podamos seguir viviendo en paz en Yalambojoch. Haz que mi pueblo prospere. Protégenos de las enfermedades. Haz que todos los recién nacidos vivan. No dejes que venga la helada y queme el maíz recién nacido. No dejes que los vientos doblen las plantas de maíz. Haz que la cosecha del sagrado maíz sea grande para que el tiempo del hambre sea corto. Por eso te enciendo velas y te doy flores y copal. Lo único que te pido es que protejas a mi pueblo” (Zak 2005: 43).

El abuelo no sólo da una formación espiritual a Aschlop, sino que también la instruye en la justicia básica con relación al racismo existente en Guatemala y reforzado por todas las prácticas del Estado durante 1981 y 1983. Integrandó enseñanzas profundas con otras más controversiales, el abuelo:

“estaba en contra de que hubiesen echado abajo la casa en la que acostumbrábamos a rezar; en contra de que hicieran una escuela, en contra de cultivar verduras y fundar una cooperativa como decía el sacerdote. Tampoco estaba de acuerdo en que se mandara a algunos jóvenes a un curso de enfermería. Sólo coincidía con el sacerdote en que todos los hombres somos iguales. ‘A los ojos de Dios un indígena y un ladino son iguales’” (Zak 2005: 50).

Estas ideas del abuelo concuerdan con lo que el guerrillero ‘El Rayo’ les dice a los habitantes de Yalambojoch cuando va a pedirles ayuda y antes de que todos huyeran a México. “Los que somos pobres en este país y poseemos un pequeño trozo de tierra, somos engañados con facilidad. Los ricos y poderosos tienen abogados que hacen trampas con los títulos y es así como nos despojan de lo que nos pertenece” (Zak 2005: 95).

El abuelo es la figura que conecta culturalmente a Aschlop con el pasado. Ella pasó tres años acompañando a su abuelo en sus caminatas y aunque en esos años no comprendía la importancia de las conversaciones y acciones de su abuelo, con el tiempo y con su madurez encuentra significado en las enseñanzas del guía espiritual de Yalambojoch: la conservación de la tradición.

En su huida hacia México, cuando todos pasaban por el cementerio, "Aschlop pensó con desesperación en los restos del abuelo. '¿Qué vamos a hacer con él? No se le puede dejar en el cementerio... Por favor, abuelo, perdónanos'" (Zak 2005: 127). Al llegar a Yalambojoch después de su larga caminata desde México, Aschlop decide ir a visitar la tumba de su querido abuelo. Al estar frente a la tumba del abuelo, Aschlop le dice "Ahora estoy aquí, abuelo. [...] Han pasado tres años desde la última vez que estuve aquí. [...] ¿Cómo has estado todo este tiempo? Espero que no te hayas sentido demasiado solo" (Zak 2005: 135). Después de esta introducción Aschlop comienza su relato sobre la huida y su estancia en Chiapas y, al término de éste, la joven comprende la importancia de recontar los horribles hechos que había vivido junto con su familia: descubre que el silencio no sirve de nada y que hablar es un mecanismo de desahogo. Al despedirse de su abuelo le ruega "'hazme fuerte, quitame el miedo y las pesadillas'. Entonces pensó en algo. No había sentido ninguna angustia cuando habló con su abuelo acerca de Pascual, lo que había sucedido en San Francisco, la huida de todo el pueblo" (Zak 2005:165) y la estancia en México. No había sentido las ganas de llorar en esta ocasión, al contrario, experimentó la sensación de seguridad y alivio cuando ella y su familia habían cruzado la frontera hacia tres años. “Gracias abuelito” (Zak 2005:165) dijo finalmente. La joven Aschlop se levantó y “cuando

sensación de seguridad y alivio cuando ella y su familia habían cruzado la frontera hacía tres años. “Gracias abuelito” (Zak 2005:165) dijo finalmente. La joven Aschlop se levantó y “cuando se dirigió a la casa de la abuela, se sentía tan ligera como el aire y alegre” (Zak 2005: 165).

Aschlop descubre que su hermano ha desaparecido y es, en este momento, cuando comprende que no es posible guardar silencio, sino que es necesario levantar la voz. Sabe que no puede quedarse con una actitud pasiva y, quizás debido a la fortaleza que había recibido de su abuelo después de la visita al cementerio, afirma: “debemos aprender a hablar por nosotros mismos. No necesitamos la ayuda de ningún ladino” (Zak 2005: 182) para denunciar las atrocidades que tantos indígenas han vivido.

La hija del puma representa una de las primeras obras de denuncia a la injusticia y a la violación a los derechos humanos en las comunidades indígenas guatemaltecas. Asimismo, esta denuncia se vuelca en el significado de la recuperación de la memoria y en un llamado a la acción social así como al respeto a la diferencia cultural. Estas claves demuestran que lo cultural juega un papel en la valoración del discurso de recuperación de la experiencia de la opresión. Se hace necesario enfatizar, en este momento, que para los mayas la memoria es un componente integral de su cultura. Recordemos cómo los padres fundadores del pueblo k'iché les piden a sus descendientes que nunca los borren de su memoria (*Popol Vuh*, capítulo 5, cuarta parte). Asimismo, Enrique Florescano apunta que: “A través de un proceso continuo de adaptación y resistencia los actuales grupos étnicos se mantuvieron fieles a las tradiciones campesinas que a lo largo de siglos los formaron como pueblo y les impusieron una manera de vivir y comprender el mundo” (Florescano 1999: 314).

REFERENCIAS

Anónimo

2007 *Popol Vuh*. Versión de Adrián Recinos. Guatemala, Piedra Santa.

Grupo de Apoyo Mutuo (GAM)

2007 <http://www.gam.org.gt/index.htm> (6 de octubre de 2007) .

Florescano, Enrique

1999 *Memoria indígena*. México: Taurus.

LagosPope, María Inés

1996 *En tono mayor: Relatos de formación de protagonista femenina en Hispanoamérica*. Santiago: Cuarto Propio.

Memoria del silencio. Tz'inil na'tab'al. Conclusiones y recomendaciones del Informe de la
2007 *Comisión para el Esclarecimiento Histórico*. 23 de septiembre de 2007. <http://shr.aas.org/guatemala/ceh/report/spanish/toc.html>.

Méndez, Leopoldo

2000 Mecanismos culturales en torno a culpa/perdón/reconciliación, En: *Reconciliación y cultura*. Cobán: Textos AK`KUTAN.

Partnoy, Alicia

2006 “Cuando Vienen Matando: On Prepositional Shifts and the Struggle of Testimonial Subjects for Agency”. *PMLA*. 121.5/2006: 1665–1669.

Revista D. Semanario de Prensa Libre No. 07. 22 de agosto de 2004. [http://www.prensalibre.com/pl/](http://www.prensalibre.com/pl/domingo/archivo/revistad/2004/agosto04/220804/dtestimonio.shtml)

2004 [com/pl/domingo/archivo/revistad/2004/agosto04/220804/dtestimonio.shtml](http://www.prensalibre.com/pl/domingo/archivo/revistad/2004/agosto04/220804/dtestimonio.shtml). (22 de septiembre de 2007).

Sarlo, Beatriz

2005 *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión.* México:
Siglo XXI.

Zak, Monica

2005 *La hija del puma.* Guatemala, Piedra Santa.